

Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0166

LEVÍTICO

Capítulos 11:37 - 12:4

Continuamos hoy, amigo oyente, el recorrido que estamos efectuando por el libro de Levítico. En nuestro programa anterior, estábamos considerando el reglamento relacionado con el contacto del israelita con los cadáveres de animales inmundos. Y decíamos que cualquier vasija de barro en la cual cayese un animal inmundo y muriera, tenía que ser rota y el agua o el grano que contuviera tenía que ser botado. Una vasija de bronce, por su parte, tenía que ser restregada hasta quedar completamente limpia. Enfatizamos el hecho de que aquí Dios estaba enseñando a Su pueblo la necesidad de la limpieza en la preparación de las comidas. Y al mismo tiempo les estaba enseñando una lección en cuanto a la santidad. Cada vasija era santa ante Dios y todo tenía que permanecer limpio. En el sistema mosaico la limpieza era lo más importante después de la santidad. Y esto tenía que aplicarse aun a los detalles más pequeños en las situaciones cotidianas. Dios guardó a Su pueblo de toda contaminación y corrupción. Ahora, notemos que el versículo 36, dice que si el cadáver caía en una fuente o lago, aquella agua no era contaminada, porque era mucha agua y muy fresca; y las aguas de por sí son vivificantes y purificadoras. ¿No es maravilloso, amigo oyente, que el Señor Jesucristo es la fuente de agua viva? Él no se contamina por el contacto con el pecador ni con los enfermos, con el leproso o con la mujer con flujo de sangre. Él nos dice en el capítulo 4 del evangelio según San Juan, versículo 14: *“Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”*. Luego, en el capítulo 7 del mismo evangelio según San Juan, versículos 37 y 38, dice: *“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”*.

Volviendo ahora al capítulo 11 de Levítico, leamos los versículos 37 y 38:

37Y si cayere algo de los cadáveres sobre alguna semilla que se haya de sembrar, será limpia. 38Mas si se hubiere puesto agua en la semilla, y cayere algo de los cadáveres sobre ella, la tendréis por inmunda. (Lev. 11:37-38)

Salimos ahora de la cocina y vamos al campo y a los productos alimenticios allí cultivados. La semilla seca que iba a ser sembrada no podía ser contaminada por el solo hecho de entrar en contacto con un cadáver inmundo. Sin embargo, si la semilla estaba mojada, entonces su cáscara o armadura había sido penetrada, y era, entonces, declarada inmunda. Por eso, el hijo de Dios, necesita una coraza o armadura hoy en día. Se nos manda en Efesios, capítulo 6, versículo 11: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. Y pasamos ahora a considerar el siguiente aspecto, o sea, los reglamentos en relación con el contacto con cadáveres de animales limpios. Leamos los versículos 39 y 40, de este capítulo 11 de Levítico:

39Y si algún animal que tuviereis para comer muriere, el que tocare su cadáver será inmundo hasta la noche. 40Y el que comiere del cuerpo muerto, lavará sus vestidos y será inmundo hasta la noche; asimismo el que sacare el cuerpo muerto, lavará sus vestidos y será inmundo hasta la noche. (Lev. 11:39-40)

Cualquier animal limpio que muriera de por sí o de alguna enfermedad era considerado inmundo. En Malaquías, capítulo 1, versículos 6, 7 y 8, Dios prohibió el sacrificio de cualquier animal que fuese imperfecto o enfermo. Leamos este pasaje que dice: *Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable. Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos.* Dios prohibió el sacrificio de cualquier animal que fuese imperfecto o enfermo. Y es que, amigo oyente, Dios no acepta lo que no sea lo mejor, o aquello que es desechado.

Pasamos ahora a considerar el reglamento relacionado con la contaminación de criaturas que se arrastran. Todo lo que se arrastra en la tierra fue declarado inmundo. Dios da el motivo por el cual no quería que se contaminaran con estos animales. Leamos los versículos 44 y 45 de Levítico capítulo 11:

⁴⁴Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. ⁴⁵Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo. (Lev. 11:44-45)

Todas las criaturas que se arrastran sobre la tierra fueron declaradas inmundas después de la caída del hombre cuando la serpiente fue maldita y obligada a arrastrarse sobre el polvo. Y llegamos ahora, al último aspecto en consideración dentro del tema del alimento del pueblo de Dios; y este aspecto es la clasificación de lo limpio y lo inmundo, hecha por un Dios santo. Leamos entonces los versículos 46 y 47, de este capítulo 11 de Levítico:

⁴⁶Esta es la ley acerca de las bestias, y las aves, y todo ser viviente que se mueve en las aguas, y todo animal que se arrastra sobre la tierra, ⁴⁷para hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer. (Lev. 11:46-47)

Es Dios quien hace la distinción bien definida entre lo limpio y lo inmundo. La santidad aun en las cosas pequeñas es esencial. Esta es la prueba suprema para el hombre de Dios. La prueba decisiva de cualquier vida, de cualquier persona del pueblo de Dios es ésta: Dios dice: “Soy tú Dios. Soy santo. Sed santos”.

Amigo oyente, usted tiene que decidirse si va a caminar con Dios y para Dios en este mundo contaminado. Esta es la lección para nosotros en este capítulo 11 de Levítico, con respecto a lo limpio y lo inmundo. Y así, concluimos nuestro estudio de este capítulo 11 de Levítico.

Y entramos ahora, al capítulo 12. El tema central del capítulo 12 es la ley con respecto a la maternidad y la transmisión del pecado por herencia. El capítulo 12 es un capítulo muy breve; solo tiene 8 versículos y establece un contraste con el capítulo anterior que trató el tema de la dieta y que abarcó 47 versículos. Sin embargo, es un capítulo muy importante y hasta en cierto sentido es más importante que el capítulo anterior. En el capítulo 11, vimos cómo la contaminación con el pecado puede ocurrir por medio del simple contacto con lo inmundo. En otras palabras, el capítulo 11 acentuó el carácter externo del pecado, el hecho de que vivimos en un mundo rodeados por el pecado y que este es nuestro medio ambiente. Ahora bien, este capítulo hace énfasis especial en el carácter interno del pecado. No es que llegamos a ser pecadores sólo por medio del contacto con lo inmundo, sino que somos pecadores de nacimiento. La misma naturaleza que heredamos es una naturaleza caída y pecaminosa. El rey David dijo en el Salmo 51, versículo 5: *“He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre”*.

Este capítulo trata de la ley con respecto a la maternidad; la transmisión del pecado por herencia. Nos encontramos ahora en el campo de la obstetricia. El último capítulo trató temas en el campo de la dietética y la pediatria. Nuestro Señor, amigo oyente, es el Gran Médico. Es el especialista en todos los campos.

Los pueblos paganos tenían ciertas ideas y nociones supersticiosas en cuanto a la inmundicia de las mujeres en el parto. Pero no hay ni un rastro de aquellas nociones supersticiosas en el sistema Levítico, como esperamos hacerle observar más adelante. También era una práctica de la sociedad pagana darle a las mujeres siempre un puesto inferior a los hombres. Esta ley no contiene vestigios de estas ideas, ya que la economía mosaica exaltó el sexo femenino y ennobleció la maternidad. Todo esto presenta un vivo contraste al vil paganismo que existía alrededor de la nación Israel, es decir, en los países vecinos.

Evidentemente, había ciertos beneficios higiénicos que resultaban al ponerse en práctica estas leyes dadas por Dios. Sin embargo, este no fue el propósito principal. Vimos lo mismo en cuanto a las dietas mencionadas en el capítulo anterior. Dios estaba enseñándole a Su pueblo tanto en aquel entonces, como en el día de hoy, que nacemos en pecado.

Esta es una doctrina que ciertamente es rechazada hoy en día. A los hombres no les gusta la doctrina de la depravación total del hombre. Y es interesante notar que los hombres, por un lado profesan no creer en la depravación total del hombre; pero por otra parte, no hay duda alguna que ciertamente la demuestran en todo lo que hacen. Y esto es algo que es muy obvio. El Apóstol San Pablo, en su carta a los Romanos, capítulo 5, versículo 12, dice: *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”*.

Este capítulo 12 pinta un cuadro diferente al que al mundo le gusta ver. Una madre jovencita abrazando a su bebé recién nacido no es realmente un cuadro de inocencia ni de impecabilidad. Es más bien un cuadro de la transmisión de la inmundicia y del pecado. Esa madrecita ha dado a luz a un pecador.

Dios pronunció una maldición sobre la mujer después de su caída en el Edén. Lo que le fue dado a la mujer como una bendición, por el pecado es maldecido, y ella no puede dar a luz sino a un niño ya contagiado por el pecado. Debemos apresurarnos en añadir que esta maldición no impide en manera alguna que las mujeres sean salvas. El hecho de que una madre cristiana sufra dolor en el nacimiento de su niño, lo cual es una evidencia del juicio de Dios, no puede significar en manera alguna, que pierda, o que aun corra el riesgo de perder su salvación. El Apóstol Pablo, confirma esto en su primera carta a Timoteo, capítulo 2, versículo 15, donde dice: *“Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia”*. Este versículo no significa que una mujer obtenga su salvación por el hecho de engendrar hijos, sino que no corre ningún riesgo de contaminarse o de perder su salvación al traer al mundo a un pecador. La evidencia de su salvación está en su fe, amor, y su vida santa y modesta.

Bajo la ley, la inmundicia era para recordarle a la madre que había traído al mundo a un pecador. Ahora, bajo la gracia, su dolor de parto es para recordarle que un pecador ha nacido aunque ella sea creyente en Cristo.

Recordemos que en la caída, a la mujer también le fue prometido que traería al mundo a un Salvador. Dice allá en Génesis, capítulo 3, versículo 15: *“Y pondré enemistad entre ti y la*

mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". El Salvador nacería de mujer pero sería separado de los pecadores.

Pero, en todo esto, no perdamos de vista que el hombre no es menos culpable que la mujer, y este capítulo le recuerda al padre que él también ha traído al mundo a un pecador. Adán fue culpable como primer padre, pues Pablo lo dice repetidamente. En Romanos 5:12, por ejemplo dice: *"Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte"*. Luego en el versículo 19 del mismo capítulo 5 de Romanos, agrega: *"Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores"*. Y una vez más, en su primera carta a los Corintios, capítulo 15, versículo 21, dice: *"Porque por cuanto la muerte entró por un hombre"*. Estas son declaraciones claras y concisas de la Escritura, amigo oyente. El pequeño bebé está sujeto a la muerte, y muchos bebés mueren antes de que cometan su primer pecado. Mueren porque Adán pecó, y han heredado la naturaleza pecaminosa.

Veamos ahora, brevemente un bosquejo de este capítulo 12 de Levítico. El tema central es los hijos de los hijos de Dios. Y analizaremos este tema bajo los siguientes aspectos.

En primer lugar, la purificación de la madre cuando da a luz un hijo varón; versículos 1 al 4.

En segundo lugar, la purificación de la madre cuando da a luz una hembra; versículo 5.

Y en tercero y último lugar, la purificación de la madre al ofrecer un sacrificio de expiación; en los versículos 6 al 8.

Comencemos entonces, con el primer aspecto, esto es, la purificación de la madre cuando da a luz un hijo varón. Leamos los primeros dos versículos de este capítulo 12 de Levítico:

¹Habló Jehová a Moisés, diciendo: ²Habla a los hijos de Israel y diles: La mujer cuando conciba y dé a luz varón, será inmunda siete días; conforme a los días de su menstruación será inmunda. (Lev. 12:1-2)

Según esta ley, la madre es declarada inmunda porque ha traído al mundo a un pecador. Eva probablemente pensaba que ella había traído al Salvador al mundo cuando nació Caín, pero en realidad dio a luz a un pecador, el primer asesino, por cierto. Ahora, este rito levítico es para recordarle a las mujeres que estaban trayendo al mundo el mismo tipo de bebé que Eva había traído al mundo; una vida que de por sí no puede hacer el bien, sino solamente pecar; pues *“lo que es nacido de la carne, carne es”* (Juan 3:6). Como lo veremos más adelante, el tiempo total de su inmundicia legal era de 40 días que se dividía en dos períodos. El primer período duraba siete días. Luego, según el versículo siguiente, el varón tenía que ser circuncidado en el octavo día; la circuncisión era el símbolo dado a Abraham. Nos damos cuenta que la idea de la inmundicia de la maternidad, choca con las nociones populares en boga, en cuanto a la maternidad y a la inocencia del pequeño bebé. Si es que alguien dice algo que pueda ser interpretado como degradante en cuanto a estos conceptos que tenemos sobre la maternidad, lo miramos con disgusto. Por otra parte, el “día de las madres” en las iglesias, ha llegado a tener mucho sentimentalismo. En realidad, no debiera predicarse un sermón sentimental en el día de las madres, porque en aquel día algún impío réprobo trae a su madrecita querida a la iglesia, se sienta a su lado y espera que el predicador diga algo en el sentido de que podrá ir al cielo, gracias a los méritos de su madre.

Y en este punto, el Dr. J. Vernon McGee, autor de estos estudios bíblicos, decía: “Doy gracias a Dios que en los cuarenta años que he trabajado en el ministerio como pastor, nunca he señalado a la madre en lugar de señalar a Cristo”. Desafortunadamente, amigo oyente, el mundo de hoy en día idealiza y sentimentaliza la maternidad hasta considerar que un retrato o cuadro de una madre con su nuevo bebé, sea la cosa más bella posible. Pero Dios, amigo oyente, mira las cosas tal cual son. Dios dice que el padre y la madre han traído al mundo a un pecador. La madre era declarada inmunda para recordarle que el bebé que tenía en sus brazos, era pecador. Debido al pecado original de la mujer y porque hay una maldición de su parto, el Apóstol Pablo, escribe en su primera carta a Timoteo, capítulo 2, versículo 12: *“Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio”*. Lo que está diciendo Pablo aquí, es que una mujer no debe tomar un puesto en la iglesia en el cual ella deba definir doctrinas, y creemos que las razones son dos.

La primera razón, la encontramos en el versículo siguiente, versículo 13 de esta primera carta a Timoteo, capítulo 2; dice Pablo: *“Porque Adán fue formado primero, después Eva”*. Ahora, esto no tiene nada que ver con alguna supuesta superioridad del hombre sobre la mujer, sino que es una cuestión de orden y de delegación de autoridad.

Y en segundo lugar, Pablo dice en el versículo 14: *“y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión”*. La mujer fue la primera en caer en la transgresión, y entonces el hombre la siguió a sabiendas, mientras ella había pecado sin darse cuenta de su transgresión.

Como ya lo hemos dicho, la madre cristiana no pierde ni arriesga a perder su salvación por el hecho de haber traído al mundo a un pecador. Pero tampoco significa que los hijos sean salvos por el sólo hecho de que su madre sea salva. Sin embargo, hay algunos que tratan de interpretar en este sentido la declaración del Apóstol Pablo al carcelero de Filipos, cuando le dijo en Hechos 16:31: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”*. Creen que sólo por el hecho de que la madre o el padre sean creyentes, los hijos automáticamente pueden ser salvos. Pero, la verdad, amigo oyente, es otra muy distinta.

Bien, lamentablemente nuestro tiempo se ha agotado y tenemos que suspender aquí por esta oportunidad. Continuaremos este interesantísimo tema, Dios mediante, en nuestro próximo programa. Será, pues, hasta pronto, ¡que Dios le bendiga es nuestra más ferviente oración!